

ANTE LA GUERRA

IMPERIALISMO Y MILITARISMO

I. EL CONFLICTO Y LA CRÍTICA

La discusión apasionada sobre los orígenes próximos y remotos de la guerra que asola actualmente al continente europeo, el estudio vehemente de sus factores sociales, económicos o ideológicos, ha sido abierto ocho meses hace aproximadamente, sin que las circunstancias permitan prever, no tan sólo cuando se cerrará sobre la dialéctica el broche definitivo de la historia, pero ni tan siquiera cuando se clausurará definitivamente el ciclo de los hechos heroicos que se suceden sobre toda la superficie del planeta para sugerirla.

Todas las manifestaciones del progreso humano se han puesto invariablemente al servicio de la árdua lucha para estimular sus causas o para deprimir sus fines, a tal punto que cabe preguntar si nos será posible algún día iluminar la oscuridad que envuelve a la compleja fenomenología determinante de la guerra: ambiciones e intereses colectivos, ideales y personalismos, variantes étnicas y orientaciones sociales.

En cuanto a sus efectos, puede decirse que los resabios atávicos de una modalidad social, cuyas últimas expresiones deben remontarse a las conclusiones morales y políticas que tuvieron lugar en los orígenes del cristianismo, ha hecho explosión en la

más formidable lucha de pueblos que haya conocido la historia.

Hasta el mismo cooperativismo social, que parecía haber deshecho los egoísmos individuales en beneficio de los altruismos colectivos, ha creado intereses y suscitado necesidades cuya realización empuja a los pueblos, unos contra otros, tras un anhelo más o menos justificado de substitución.

Desentrañar, pues, en el campo revuelto de los acontecimientos, la maleza difusa y consistente de la pasión política, verdadero fanatismo sentimental que el fracaso de la lucha ha enclavado en la conciencia de casi todos los hombres, actores o testigos del gran drama, será indudablemente la mayor y más difícil tarea del historiador del futuro, ya que el presente no es más que una sucesión caótica de hechos cuya documentación escapa a la mayor parte de la humanidad.

No creo improbable, sin embargo, que algunos testigos de esta grandiosa espopeya alcancen a juzgarla con imparcialidad.

Convengo en que, así como el oído ejercitado puede apreciar en las ejecuciones de conjunto el origen de muchos sonidos por su timbre y su tonalidad, también la crítica serena puede distinguir en el estrépito de los acontecimientos su origen y su naturaleza.

En el grupo de los criterios ponderados que han omitido hasta el presente aventurar juicios prematuros sobre el difícil problema, figura casi en exclusiva y preferente línea el elemento universitario de todos los países neutrales.

Y aquí es justo reconocer, con dolorosa sinceridad, que, en los pueblos en lucha, el fracaso de las armas ha cegado la claridad mental en las mismas fuentes donde se elabora y perfecciona el pensamiento humano.

Mientras en países como el nuestro, que tan materialmente alejado permanece de la contienda, y como España, Suiza, Italia y Holanda, que tan íntimo contacto conservan con los factores de la guerra, la absoluta mayoría de sus elementos universitarios ha adoptado una discreta actitud de adecuada circunspec-

ción, en los dos focos culturales antagónicos que han servido de origen a la mayor parte de las manifestaciones del progreso humano, el pasionismo ha llevado su fracaso hasta la arcaica majestad de los museos y la suprema paz de los laboratorios.

Y así la ya célebre declaración de los 93 en Alemania, anticipando un juicio definitivo y solemne sobre acontecimientos de difícil documentación, solo podría justificarse con la actitud de las sociedades sabias de París que han alterado profundamente la composición de su criterio científico por el mero hecho de que uno cualquiera de sus miembros conservara incólume su admiración hacia Alemania.

Conviene, sin embargo hacer constar, por lo que respecta al arte puro, que, mientras en el imperio alemán se consagraba definitivamente a Shakespeare, reconociendo en la universalidad de su mérito, que por lo menos el genio había salvado sus prestigios de este círculo férreo de las fronteras homicidas, en Francia se proscrubían las sublimidades de Puccini porque el artista no había olvidado sus abluciones en las profundas aguas del arte germánico.

II. EL IMPERIALISMO ANTE LA HISTORIA

Volviendo al estudio analítico emprendido, considero que la generalidad de los argumentos expuestos para tratar de explicar las causas de la situación actual, pueden agruparse en dos extremos: los que proceden de una abierta y reconocida mala fé y los que son emitidos solo con un déficit de apreciación o con una tara pasional cualquiera.

Es de observar que ambos extremos no competen tan solo a los publicistas de los países beligerantes: cuadran también a los de la mayoría de los países neutrales que se han embanderado, con mayores pasionismos si cabe, en cada uno de los partidos combatientes.

Solo si que mientras en estos la lucha moral es sostenida

por todos los órganos de la opinión y todos los factores de la mentalidad de la nación, en los países neutrales el gran debate queda librado exclusivamente al elemento periodístico, a despecho del discreto silencio observado por los más conspicuos representantes del criterio militar, político o universitario.

Deseoso de no personalizar en un momento en que la individualización sufre una de sus más hondas crisis, tan diversas son las modalidades que imprimen a la conciencia la rapidez y versatilidad con que se suceden los grandes acontecimientos históricos a que asistimos, me limitaré a considerar en estas líneas, las elucubraciones unilaterales o apasionadas, dejando aparte aquellas inspiradas por la diplomacia o la política que adolecen invariablemente de algún fondo de malicia o mala fé.

De las infinitas modalidades que parece haber tomado el criterio universal sobre la etiología de la guerra, hay dos conceptos acerca de los cuales se insiste con rara pertinacia por constante mayoría de los críticos.

Ellos son el *imperialismo* y el *militarismo*.

No creo estar descaminado al afirmar que ellos han sido creados por una escuela filosófica, o por lo menos, explotados convenientemente por ella. El imperialismo es un término que se refiere a una política y que ha sido aplicado a las manifestaciones expansivas de alta potencialidad cultural de un pueblo. Para no retrogradar a las épocas más remotas de la historia, digamos que imperialismo ha sido la política inglesa del siglo XIX, imperialismo la política norteamericana de principios de este siglo y que imperialismo se llama también a la política actual de Alemania. Todavía quedan por discutirse los imperialismos más modestos, aunque no menos efectivos, que por referirse a potencias de inferior cultura omitimos o mencionamos solamente de paso: tales los de la Rusia y el Japón contemporáneo, por ejemplo.

Cae por su propio peso que no pueden ser imperialistas ni Turquía, ni China, ni Méjico.....

Desde luego, cabe preguntar si la política imperialista en la amplia acepción de la palabra, es una manifestación de civilización o de barbarie.

El recordar los grandes ejemplos de la historia parece que debe darnos la respuesta. Imperialistas solo fueron la Roma de Augusto, y la España de Felipe II, la Francia de Luis XIV y Napoleón, y la Inglaterra de Victoria; en la actualidad se arroja toda la imputación de imperialista a la Alemania de Guillermo II.

Pero queda por considerar si el imperialismo es una manifestación legal en las relaciones internacionales de los pueblos y si puede ser benévolamente juzgado bajo la faz moral. Los ejemplos históricos que hemos citado, nos relevan de mayores discusiones sobre el punto: si alguna conclusión nos permiten sacar, ella es la de que los pueblos son imperialistas cuando llegan al summum de su progresión cultural. El acero corta cuando alcanza la perfección de su temple y de su filo; las soluciones cristalinas, cuando han llegado al máximun de saturación, absorben agua de los ambientes circunvecinos a través de las membranas porosas que las limitan y ceden partículas de la substancia disuelta a los líquidos que las rodean. Y en tal punto, el factor biológico impostergable rige una vez más al factor legal.

¿Se puede condenar por ilegal o viciar la moralidad de la obra civilizadora que irradia un núcleo de cultura por fuerza propia? ¿Se puede y debe limitar con la fuerza y por la espada la difusión tranquila de esa obra de civilización que atraviesa en la paz la membrana permeable de las fronteras de las naciones?

Yo creo más lejos de la legalidad y de la moralidad la política de oposición al progreso de las fuerzas vivas de la naturaleza, que la política de substitución pacífica de elementos de decrepitud o degeneración por otros elementos de mayor perfectibilidad en la disciplina y la organización.

Como las fuerzas materiales de la creación, los pueblos sufren una sucesión incesante de choques y conmociones en sus

moléculas y en sus masas, y de esas modificaciones surge la energía: la energía de la materia es calor que se irradia con tanta mayor actividad cuanto mayor es la condensación de ese calórico sobre su masa; las corrientes de alta potencialidad acumuladas sobre grandes resistencias, se irradian también en la atmósfera ambiente como ondas hertzianas de inmenso y creciente radio.

El imperialismo en los pueblos tiene así sus afinidades con las energías acumuladas en la materia.

Por otra parte, creo que bajo el punto de vista del derecho se puede ser no menos explícito: ¿No es tan legal invadir como limitar el derecho ajeno por la fuerza?

Para los que acusan al imperialismo de agresivo yo debo recordar la diferencia fundamental que esta modalidad política reviste según los pueblos y las circunstancias. Así, por ejemplo, el imperialismo de Inglaterra ha sido de permanente agresividad: los nombres de Drake, Rooke, Berresford, Popham, Kitchener, Jamesson, Rodhes, etc., bastarían a justificarlo, si, la mejor comprobación del carácter político inglés no la tuviéramos en la explicación geográfica de su imperialismo. Cercada totalmente por los mares, la progresión civilizadora de Inglaterra está brutalmente limitada por la naturaleza; su producción material es de una estrictez rigurosísima hasta el punto de ser incompatibles los factores de su progreso: el crecimiento de su población no sería jamás correlativo al rendimiento de su suelo, de donde la aplicación de sus excedentes demográficos a un industrialismo profuso. De ahí ha surgido la necesidad de invadir el territorio ajeno para asegurarse las fuentes indispensables de aprovisionamiento o para forzar mercados a su industrialismo excesivo.

El imperialismo de Inglaterra es una consecuencia durísima de su desarrollo demográfico insular. Y quiero aquí dejar constancia de que prescindo de estudiar los caracteres morales de su pueblo, función para la cual no me creo capacitado, dada la enorme complejidad de los factores que concurren a la formación de la entidad moral de las naciones.

En cambio, los Estados Unidos han sido imperialistas solo de un modo accidental.

Conviene separar netamente en la historia contemporánea de ese gran pueblo, las dos fases relativamente recientes de su gestión política: el imperialismo de Mac-Kinley, cuyos frutos fueron Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y el democratismo de Wilson, que produce los dos hermosos gestos de Méjico y Colombia.

Entre ellos, debe admitirse el período de transición de Roosevelt, forzado a arrebatarse a un pueblo débil un pedazo de territorio indispensable para la alta política de Estado de su país.

El imperialismo yankee es así una manifestación esporádica, interrumpido por largas fases de tranquilo republicanism, durante las cuales el porvenir de la nación se elabora lejos de las actividades bélicas y agresivas, y en beneficio de la profícua explotabilidad de un suelo inagotable. Se le puede llamar un despertar atávico, puramente episódico, en el desarrollo cultural de aquel estado que absorbe incesantemente hombres y energías de otros pueblos y otras razas para asimilarlos a la enorme masa ya modelada de una nacionalidad todavía en formación.

¿Se orientará en un sentido francamente imperialista la política yankee cuando todos los factores de su creciente y poderosa cultura hayan alcanzado un alto grado de perfectibilidad?

Nada hace presumir que, en un porvenir no muy lejano, la gran república del norte escape a esa ley natural de la hegemonización de los pueblos, y no creo colocarme lejos de la solución del problema, si digo que una de las consecuencias de la formidable contienda de que la Europa es teatro, será indefectiblemente el principio del imperialismo americano.

III. EL IMPERIALISMO ALEMÁN

En cuanto al imperialismo de Alemania veamos históricamente en que consiste.

a) Integración de la nacionalidad alemana a raíz de las gue-

rras con Dinamarca, Austria y Francia: todos o la mayor parte de los pueblos de *origen* (1) y lengua alemana se agrupan en un solo imperio creado para justificar o consolidar el proceso de la unidad nacional. b) Degradación de la hegemonía continental francesa cuyo cetro pasa constante y paulatinamente a manos de Alemania. c) Limitación de las insaciables aspiraciones nacionales de Rusia por abrirse una salida a los mares libres y substituir la antigua dominación otomana en un reparto leonino de los despojos del "hombre enfermo". d) Creación de un ejército poderoso por su número y su organización, en relación con el igualmente poderoso complejo de su organización social, científica, industrial. e) Formación de una marina de guerra subordinada a la brusca desproporción del crecimiento de sus fuerzas vivas de producción. f) Expansión rápida y difusa de esa misma producción con la conquista de mercados otrosa inaccesibles a la penetración pacífica internacional. g) Política colonial complementaria de ese desarrollo equilateral y coordinado y adquisición de dominios territoriales por compensaciones comerciales o políticas.

¡Ni un atropello *manu-militari* después de las contiendas que resolvieron la incorporación de los estados del Sur, del Schleswig-Holstein y de la Alsacia, al organismo de un común origen! Las Carolinas, las posesiones del Africa Meridional de mediocre valor económico y estratégico, Kiao-Chao, son las únicas manifestaciones del imperialismo militar alemán.

Comparémoslas con el Canadá y las Malvinas, Gibraltar, Malta, Chipre, Suez y Perim, el Cabo y el Indostán, Singapore y Hong-Kong, el Egipto y la Guayana, la confederación australiana y Nueva Zelanda, por parte de Inglaterra; con toda la costa

(1) Este imperialismo alemán de *origen*, relacionado con la absorción de los pueblos que vuelven a reintegrar una nacionalidad o una raza, de la que se separaron por virtud de una presión política, difiere del imperialismo *colonial* inglés, que se refiere a la absorción de toda nacionalidad o raza que haya sido objeto de una localización política o comercial previa.

africana, desde Túnez hasta el Congo, con Madagascar y la Guayana, con la Martinica y Formosa, con los establecimientos del Mar Indico, la Indo-China y Nueva Caledonia, por parte de Francia; y con toda la Siberia y sus terribles expansiones hacia la Mongolia y el imperio chino, hacia el Afghanistan, el Belutchistán y la Persia, con las pretensiones sobre los pueblos eslavos de Austria y de los Balkanes, con el avance premeditado sobre Constantinopla y el Adriático, por parte de Rusia, y ante la mudez y la elocuencia de los hechos históricos y geográficos, convengamos en que el imperialismo de la primera potencia militar contemporánea es una manifestación ridículamente desproporcionada a su fuerza y su poderío.

Consideremos, en cambio, la estagnación comercial, científica y demográfica de la Francia, la impotencia económica de Rusia y la substitución lenta y efectiva de Inglaterra en todos los mercados del mundo por el empuje vigoroso del resurgimiento alemán, austriaco e italiano, guiado desde Berlín por la política meditada y previsora de la triple, y nos explicaremos el origen y la causa de esa formidable condensación de vapores tormentosos que ha ido envolviendo al gobierno alemán, primero, a todo el pueblo germánico, más tarde, bajo el estigma del "imperialismo".

El imperialismo es desgraciadamente un hecho que se hace efectivo en el desarrollo progresivo de la humanidad y cumple al imperialismo alemán el haberse evidenciado en la expansión proteiforme de su cultura artística, científica, económica y social, de las que son una manifestación inequívoca el cooperativismo, el industrialismo y el militarismo.

Ante la pujanza de esas fuerzas materiales y morales que expican al imperialismo, creo que solo una maliciosa suspicacia puede haber sugerido en contra suya la desconfianza y el temor internacionales. ¿Hemos temido acaso al imperialismo inglés en los momentos en que, ejercitando su modalidad agresiva por doquiera, llegó a reunir en su sola mano el maximum del monopolio económico sobre nuestro país?

No; jamás el imperialismo fué tan controvertido por nosotros; ni cuando vimos, inmediata a nuestra soberanía, flotar su bandera al frente de nuestras costas; ni cuando ondeó sobre los trenes de nuestros ferrocarriles; ni cuando la suspicacia de nuestro pueblo créyola izada sobre el edificio de nuestras aduanas....

¿Porqué callamos el apóstrofe rudo y apasionado contra el imperialismo, cuando la política del opio le llevó a abrir a cañonazos los puertos de la China o cuando la boca de sus cañones fué a amenguar la soberanía de Venezuela para exigirle el pago compulsivo de sus deudas?

En presencia de acontecimientos tan recientes y que han debido sacudir sin reatos la conciencia histórica de los pueblos e impresionar tan hondamente el criterio moral de los individuos, yo me pregunto qué peligro igual puede encerrar el imperialismo germánico al que nos haya sido ofrecido por todos los imperialismos de la historia.

Se ha pretendido, sin embargo, justificar el concepto que conmina al imperialismo alemán, preconizando los imperialismos de otro origen.

Se ha dicho por personalidades que reflejan brillantemente la más alta mentalidad francesa — y omito las elucubraciones de la mayor parte de los publicistas británicos porque ellas obedecen evidentemente a una actitud política preestablecida — se ha dicho del imperialismo alemán que es soberbio, grosero, bárbaro aun, y que ha sido preparado sistemáticamente por una escuela ideológica de organización contemporánea.

Yo recuerdo que de soberbio y pedante ha sido tildado, por escritores imparciales el súbdito de Augusto en la Roma imperial cuando afirmaba con orgullo: *civis romanus sum*; soberbios, bárbaros y pedantes fueron, al decir de ecuanimes historiadores, los soldados de aquellos tercios españoles del siglo XVI en Flandes, en Italia y en América; bárbaros y soberbios fueron también los mariscales de Napoleón en España, y Alemania; y por

bárbaros y soberbios, los ingleses del siglo XIX fueron tenidos universalmente hasta en la Francia de Fashoda....

Pero la psicología del pueblo alemán, tal como quiere resumirla la crítica de algunos pensadores arrastrados por el turbión revuelto de la pasión política, es algo más complejo que la simple enunciación de los sentimientos de "Werther" y de las melopeas de "Lohengrin", de las asperezas de Bernhardi y de los biologismos de Ostwald.

Yo reputo una tarea superior a los esfuerzos de la crítica, determinar siquiera el conjunto de factores que concurren a la integración moral de una nacionalidad. En estos casos, la verdad es un fenómeno que solo llega a los umbrales de la conciencia, como al límite de un árido arenal, el arroyuelo manso; y el estado pasional es la permeable aridez que insume todo el caudal de su tranquila linfa para dejarla resurgir a la distancia bajo la forma de la idea torrentosa que ensalza o vitupera.

Yo no he visto todavía el hecho demostrativo: solo conozco en parte la literatura conminada de ser el génesis del imperialismo y el fautor inmediato de su órgano agresivo: el militarismo. Creo haber comprendido a Fichte, Treitschke, Bernhardi y Ostwald...

Pero ¿es tan difícil imputar a la literatura accidental o aun permanente de un pueblo sus orientaciones políticas o sociales!

Recuerdo haber oído la expresión de criterio semejante, por lo que respecta a Francia, cuando se imputaba a la literatura de Zola las causas de la relajación social y política de ese gran país. Pero ¿es posible que la mentalidad de un hombre o de una escuela subordinen al suyo el criterio de los pueblos? ¿No es más natural, acaso, ver en ellos el producto genuino del estado físico y moral de una civilización?

Concibo, por mi parte, a Zola como el ideal perfecto de un organismo sibarita y excitable, como la manifestación episódica de un refinado sensualismo ambiente; y a Bernhardi y a Ostwald, con toda su brutalidad de expresión y su lógica de hierro, como la expresión de un organismo recio, de sólida arquitectura ósea,

de musculatura hercúlea y de perfecto y coordinado funcionalismo orgánico.

Corroborando este criterio, ¿no admitimos, lógicamente, que el sensualismo y la impulsión son manifestaciones del cerebro intoxicado por perversiones funcionales, y que la razón y la fuerza traducen toda la cerebración del organismo eufórico?

Hay una relación biológica constante e inalterable entre el imperialismo de los pueblos y su constitución orgánica. Y como quiera que esa constitución no puede triunfar sin una organización superior, no se concibe concepto filosófico alguno que justifique la oposición al imperialismo, cuando el lleva, sin la agresión brutal que es el abuso de su fuerza, un ideal no discutido de cultura en su expansión.

Y el grado de cultura obtenido por la nacionalidad germánica ha podido ser desvirtuado por la ofuscación de la crítica, pero no ha sido discutido con la elocuencia de los hechos.

Sin embargo, se ha objetado que la tara del imperialismo alemán, es la brutalidad y la agresividad.

Creo haber mencionado ya que ella es la imputación común a todos los imperialismos. El desarrollo hegemónico de los pueblos arrastra consigo un cúmulo tal y tan difuso de procesos físicos y morales que sería ingenuo pretender que no llegaren a lesionar intereses de vecindad. Por eso, todos los imperialismos han encontrado resistencias; como en su génesis, todas las doctrinas; como en su promulgación, todas las leyes que signifiquen un proceso de desplazamiento o substitución.

El cristianismo, con su rígida organización, chocó reciamente contra los cuerpos en plena descomposición del paganismo sibarita y sensual. Inglaterra, en su precaria organización egocéntrica e individualista, resistió enérgicamente a leyes de profilaxis social y política, rechazando la vacunación obligatoria y la conscripción militar.

IV. LA ATMOSFERA ANTI-GERMANA

He creído haber demostrado, con algunos hechos, que el imperialismo alemán no ha sido sistemáticamente agresivo: las guerras de su unidad nacional, estigmatizadas por críticos apasionados y parciales, hubieran sido consideradas en otros países de inferior cultura, como guerras de libertad. ¿No eran más alemanas, acaso. Sajonia, Schlewig-Holstein y Alsacia, que italianas las costas del Adriático y Trento, reivindicadas por un núcleo poderoso de opinión en la península?

Se habla de la guerra actual y de su indiscutible origen imputable al imperialismo, o a su órgano, el militarismo alemán.

Cuantas veces se ha hecho cargos a Alemania y su gobierno por su política guerrera, yo me he preguntado si era más pacifista la gestión de Inglaterra al aliarse con el Japón en el extremo oriente y con Francia y Rusia en occidente, no obstante la enorme disparidad de sus intereses étnicos y políticos; si era menos guerrera la política de Francia al prestar 16.000.000.000 de francos a su aliada destinados a volcar cañones y ferrocarriles estratégicos sobre las fronteras de Alemania; si era más pacifista y leal la política rusa cuando atizaba el fuego de los Balkanes contra el Austria, a fin de no perder su orgullosa tutoría sobre los pueblos servios, siempre inquietos y belicosos.

En cambio, no deben echarse en olvido los esfuerzos pacifistas del gobierno alemán en los años 1905 y 1906, cuando la ocasión para romper violentamente esa política llamada del *encerclement* e iniciada poco tiempo atrás por la astuta diplomacia inglesa, brindaba a Alemania la oportunidad de un triunfo rápido y seguro.

¿Se olvida acaso que por aquel entonces Rusia yacía absolutamente inerte a raíz de su desastrosa guerra con el Japón; sin naves, sin ejército, sin vías de comunicación, y, lo que volvía decididamente más propicia la oportunidad, sin esas fuerzas mora-

les: la disciplina, la organización y el espíritu militar, que alimentan la resistencia de los pueblos en sus grandes conflictos históricos?

¿Y cuál era la situación contemporánea de la Francia? Un gobierno de círculo, empeñado en fomentar internamente la lucha social y religiosa, llevando a sus grados más extremos la descomposición política y administrativa; el patriotismo calificado de *chauvinisme*; la persecución y el ostracismo retribuyendo la clarividencia de los grandes espíritus nacionalistas; el sindicalismo en la escuela y el ejército, proscribiendo a todo ciudadano que, ostentando orgulloso el herrumbre de la tradición, se atreviera a mentar los nombres de Dios o de la Patria; la organización y la disciplina de sus instituciones armadas perdida año tras año en esa fiebre revolucionaria que, desde las alturas, devoraba al gobierno ferozmente intransigente de los Waldek-Rousseau y de los Combes; la figura de Juana de Arco desterrada de las grandes solemnidades de la Francia y el sarcófago de Zola recibiendo en el panteón de los héroes todos los honores del oficialismo combativo; y como una providencial coincidencia en la nueva *débâcle* incapaz de ser comprendida por la prosa deletérea del nuevo héroe nacional, la pólvora "auto-deflagrante" elegía sus víctimas, en los mismos arsenales del Estado, entre aquellos ejemplares del decreciente poderío naval, cuyos nombres simbolizaban también las imágenes proscriptas de la Francia oficial: *Jean Bart, Patrie, Liberté*....

¿Quién se atrevería a poner en duda el triunfo rápido y definitivo de Alemania sobre tales enemigos si los acontecimientos hubieran demostrado la agresividad de la política imperial?

Se objetará que entonces faltaba a este país el complemento indispensable de la marina de combate que hoy posee y cuya falta hubiera hecho peligrosa la intervención de Inglaterra en el conflicto. Pero ¿no se ha dicho también que Alemania ha provocado la guerra actual descontando la neutralidad inglesa? Y en caso contrario, ¿qué otra cosa que una acción naval defensiva le

hubiera convenido mejor, interin aniquilaba en poco tiempo con su entonces aplastadora superioridad militar, a sus debilitados rivales de Oriente y Occidente?

Juzgandolos con un criterio aboslutamente imparcial, podemos concluir que nunca otra oportunidad hubiera conciliado mejor los hechos con las aspiraciones políticas de Alemania, si ellas respondieran al criterio imperialista agresivo que hoy explotan en detrimento suyo sus detractores.

Pero no se limitan a esto las imputaciones parciales que acusan a Alemania de haber ejercitado un dinamismo social y político peligroso para la civilización universal. Se citan todavía hechos como el episodio de Agadir, la anexión de Bosnia-Herzegovina...

Olvídase, quizás, que cuando Austria procedió al cumplimiento de este último, solo tenía ante sí dos soluciones: la desmembración del imperio a expensas del avance de la influencia rusa sobre sus fronteras del Sur, o la anexión. Los acontecimientos han demostrado que Alemania solo podía confiar para un caso extremo en *un solo* aliado: Austria-Hungría. ¿Qué otra cosa, pues, podía esperarse de Alemania que una política tendiente a evitar el engrandecimiento territorial de Rusia, su mayor enemigo, a expensas de la desmembración de Austria, su *único* aliado?

Numerosos publicistas, arrastrados las más de las veces por un sentimiento pasional o convencional, han descargado toda su diatriba sobre Alemania al juzgar estos episodios de la política internacional de pueblos que hace largos años vienen jugando su existencia como naciones en el embrollado tapete diplomático. La cuestión de Oriente, que ha convulsionado por cuarta vez a la Europa entera, fué tres veces promovida por los intereses encontrados de los tres imperialismos que hoy aunan sus fuerzas para combatir al imperialismo alemán. Una complicadísima documentación diplomática, publicada oficialmente por los gobiernos beligerantes, en libros que han adoptado todos los colores del iris, pretende explicar las causas determinantes de la cuarta y última

conflagración, ofreciendo cada uno los dispositivos más adecuados a fin de demostrar *políticamente* la justicia de su causa.

El concepto personal que tengo formado de la diplomacia, como función de la política internacional, permíteme afirmar que ninguno de todos esos libros se aproximará siquiera a la verdad absoluta.

Pero de los hechos acaecidos en la última centuria, y especialmente, en esta última década, podemos deducir por lo menos dos conclusiones terminantes: 1° la de que Alemania no es la única ni la principal promotora del conflicto, cuyo génesis reside en factores de suma complejidad y en los que juegan un rol nada despreciable, Inglaterra amenazada formalmente por una suplantación comercial y el imperialismo ruso con sus aspiraciones al mar libre; y 2° que aún en el caso de que el triunfo favoreciera a las armas del "acuerdo", una sucesión de nuevos conflictos, a los que talvez serían ajenas Alemania y su aliada, se vería suscitada por el choque de los intereses rusos, ingleses, italianos, etc., en el momento del reparto del botín turco-balcánico.

¿Se podrá pensar, entonces, que un conflicto de tal naturaleza sea la prolongación de esta lucha actual que se ha calificado como el choque de la civilización con la barbarie? ¿Responderá la guerra del reparto a los mismos ideales en pro de la libertad y los derechos humanos que se dice inspiran a la abigarrada coalición anti-germana de nuestros días?

Los que en este continente estamos acostumbrados a encarar los problemas internacionales con un criterio "americano", olvidamos muchas veces, involuntaria o intencionalmente, que Europa se rige, se ha regido y regirá siempre por una política totalmente distinta de la que inspira a nuestras relaciones exteriores.

Si se exceptúa a Suiza y las civilizadas nacionalidades nórdicas, no existe en el viejo continente una sola nación cuya política no haya sido, en algún momento de su existencia, claramente imperialista.

Obsérvese, sino, ese criterio extraño de ciertos estados, ten-

diente a restablecer su *imperium* sobre mares cuyas aguas bañan litorales otrora conquistados o civilizados por afines, aunque preteritas, legiones; los ideales nacionalistas de Italia, fundados en la reivindicación de sus colonias latinas del Adriático y del Mediterráneo occidental; (1) los de Grecia, exigiendo la reintegración de sus antiguos emporios del mar Jónico y del Mediterráneo oriental; los sueños imperialistas de la "gran Servia" y la creación del zarato de Bulgaria, cuyas aspiraciones megalómanas podrían parecer patológicas en nuestro continente y responder, sin embargo, cumplidamente, a las modalidades del ambiente europeo.

¿Se podrá decir acaso que ese criterio político tan generalizado sea la obra de una escuela filosófica alemana creada para imponer el militarismo o el cesarismo alemán?

Si Austria-Hungría procedió en 1909 con un criterio netamente austriaco al anexarse Bosnia-Herzegovina ¿deberemos criticar el que no lo haya hecho con el criterio ruso, por ejemplo?

Se objeta la violación de un tratado firmado 30 o 40 años atrás; como si las necesidades vitales de los estados debieran subordinarse a declaraciones previas formuladas en épocas y circunstancias diametralmente opuestas. Valiera decir que una promesa formal de no atacar jamás a un enemigo personal comprometiera indefinidamente nuestra pasividad ante su agresión o siquiera ante su amenaza.

Por otra parte ¿no ha habido, para esos detractores artificiosos del imperialismo alemán, algo más solemne que todos los tratados, en el respeto a la soberanía de aquellas dos repúblicas boers y de la débil república colombiana, cuando la agresividad de dos imperialismos las sometieron a sus necesidades vitales o a las sugerencias económicas del momento?

(1) Debo dejar constancia de que no me refiero a las tal vez justificadas aspiraciones de este país sobre regiones que, como el Trentino, representan una necesidad estratégica impostergable, y sobre la mayor razón de exigir la conservación de la cultura itálica en las regiones de su remoto origen que forman parte del imperio austriaco.

Convengamos en que ejercitados en ese sentido, *todos* los imperialismos se hacen igualmente odiosos: desde el aniquilamiento de las repúblicas diamantíferas, hasta la penetración armada del imperio de Marruecos, que suscitó el incidente de Agadir; y desde el desmembramiento de Colombia hasta la expansión de Rusia en los Balkanes que consumó la tragedia de Sarajevo.

Y si algún partido me fuera dado adoptar en presencia de los hechos confirmados, el debiera permitirme afirmar el respeto, sin aplauso, que me merece la política austriaca de expansión opuesta a la política expansiva rusa; una y otra se inspiran indudablemente en los supremos intereses nacionales cuyos fundamentos escapan siempre a la lógica interesada de la crítica. Solo que podría parecer que, mientras Rusia se expande en parte para privar del aire a sus vecinos, Austria se extiende para conjurar un peligro de asfixia a corto plazo.

V. EL CASO DE BELGICA

He creído demostrar la inocuidad del imperialismo alemán cuyo título se invoca como causa de la guerra. Justifico, aunque no aplauda, los hechos que han determinado su coronación material: la reintegración del Schlewig, de los estados del Sur, de la Alsacia.... En igual forma justificaría las manifestaciones del imperialismo inglés en Australia y Nueva Zelandia, países civilizados y poblados exclusivamente por el espíritu emprendedor y expansivo del pueblo británico.

Tócame para concluir, ocuparme del último punto en que hace hincapié la fobia contemporánea contra el imperialismo germánico, y que, al propio tiempo, constituye el escollo más culminante adonde parecen naufragar todas las tentativas de justificación moral y todas las empresas de conciliación del espíritu liberal con la hegemonía cultural tentónica. El es, asimismo, el

más difícil por el valor y la multiplicidad de los intereses morales principalmente comprometidos.

Me refiero al caso de Bélgica.

No podría negar la participación directa e inmediata que en la invasión de Bélgica corresponde a Alemania. Y menos, aun, podría aplaudirla...

Pero cuando se reflexiona larga y detenidamente sobre el fondo mismo de los acontecimientos; cuando se traslada mentalmente el espíritu crítico al terreno de los hechos y se procura incorporarlo al criterio parcial de sus fautores, substituyéndolo con más o menos perfectibilidad en la esfera de sus intereses, de sus aspiraciones, de sus supremas necesidades, los impulsos sentimentales del primer momento son gradualmente reemplazados por la fría sistematización del análisis, y una resignación consciente invade el dominio de los mayores sufrimientos, cuando una amplia justificación no llega a borrar la indignación desperdada por las más grandes catástrofes.

¡El martirio de Bélgica!

Dudo de que haya conciencia que se resistiera a acompañar a su tranquilo y laborioso pueblo en todas las fases sucesivas de su dolorosa gesta, ni razón que haya omitido su anatema contra las brutales exigencias de la guerra, que arma el brazo homicida, y es impotente después para fijarle límites o imponerle leyes.

Cabe reconocer, sin embargo, que una vez más se ha cumplido el destino fatal de aquel heroico país, y su suelo, tierra de libertad y de trabajo, se ha convertido en el campo de batalla de la Europa en armas.

Parece, pues, que debiera completarse la integridad del juicio con solo buscar el nombre del agente causal de los sufrimientos de Bélgica, y en tal concepto arrojar todo el peso de las reivindicaciones de la moral y la justicia, sobre la agresión de Alemania.

Pero, es a la presión incesante de los acontecimientos, considerados desde todos los puntos de vista del análisis, que debe-

mos también un principio de justificación para Alemania. Su estrategia, formidable y documentada, había concluido en que una sola salida podía salvar la vida del imperio, en el caso de una agresión combinada sobre sus dos fronteras: esta agresión estaba presente y esa salida era Bélgica. ¿Se equivocaba la estrategia alemana? ¿Era tiempo de perderse en las disquisiciones sobre los factores probables de la guerra y en los fallos posibles de la historia?

Cuando el enorme anatema de los moralistas cayó, talvez sin reflexión, sobre la actitud homicida de Alemania, una duda vino a golpear los umbrales de mi espíritu, y esa duda, hoy ampliada por las instancias de la crítica, ha revestido con la convicción, la forma del antiguo aforismo latino: *Necessitas caret lege...*

Esa frase, que en momentos solemnes para la historia del mundo, fué pronunciada desde la alta tribuna del imperio germánico como la franca y brutal confesión de una política de hierro impuesta por las circunstancias, ha sido interpretada como la más impúdica sanción oficial del imperialismo alemán avieso y agresivo.

Recordemos, de paso, que se ha impugnado también a la perfección de su militarismo de ser el órgano que, en el recio organismo imperialista, suponía inexorablemente la función de agredir.

Biológica, social, moralmente, yo invito a los críticos que hayan podido despojarse de su pasionismo individual o colectivo, a la meditación leal y sincera de este punto.

¿Qué organismo fuerte en la naturaleza dispone de medios defensivos débiles? ¿No existe en todos los seres una correlación armónica entre el desarrollo y crecimiento de sus órganos vegetativos y sus órganos de protección?

Que los órganos creados para una función de defensa estén igualmente capacitados para un fin agresivo, y aun puedan ser empleados en ese sentido, sea... Pero no podrá negarse que, en-

tre organismos de fuerza siquiera equivalente, el ataque constituye la adaptación inmediata de los principios de la defensa al éxito.

En cuanto a las colectividades se refiere, debemos concluir en que, cuando mayores sean los elementos de su organización, más perfeccionados serán los múltiples y complejos medios defensivos de su organismo que deberán ser empleados para los fines de su propia conservación.

Por otra parte, nadie discutirá que corresponda adoptar igual cantidad de precauciones defensivas al individuo exíguo y decrepito de bienes, que al que dispone de un crecido y rico patrimonio elaborado a costa de largo, paciente y operoso esfuerzo. Con el mismo criterio debiera juzgarse la malquerencia despertada en el vecino pobre por la adquisición de una recia caja destinada a la custodia de los valores del vecino capitalista.

Y he ahí porque afirmaba contundentemente al principio de estas líneas que el concepto del militarismo e imperialismo alemán han sido, sino sugeridos, explotados convenientemente al menos por una escuela filosófica.

En una misma frontera indefinida, diluense los dos conceptos fundamentales del socialismo y sus escuelas afines: el que le sugiere el capitalismo, de cualquier origen, y el que le merecen las funciones del estado, de cualquier naturaleza que sean, como quiera que entrambos importan un concepto de orden y disciplina previos al que difícilmente podrían adaptarse sus prejuicios de libertarismo semi-anárquico.

Finalmente, el *necessitas caret lege*, aun lanzado como un reto sublime del orgullo hegemónico alemán desde la alta tribuna de su parlamento a las abigarradas muchedumbres de sus enemigos coaligados, puede encontrar todavía para los espectadores del gran drama un punto de vista, si no tan equilateral como el de Bélgica, que vió invadido su derecho, tan justificado como el de Inglaterra que sintió turbada su tranquilidad. Bastaría para eso, sentirse por un solo momento alemán y hombre de estado, responsable

de la vida de un gran pueblo y en una de las más grandes tribulaciones de su historia, cercado por todas sus fronteras de fieros e irreconciliables enemigos y obligado a definir su actitud en veinte y cuatro horas.

Mayo de 1915.

GREGORIO N. MARTINEZ.
